

Viacrucis profético

Monición introductoria

Querido hermano: Hoy, en este rato de oración, te vas a encontrar con un viacrucis distinto. No vas a ser tú el protagonista de todo lo que se diga. Vamos a cambiar un poco, vamos a dejar que nos hable el Señor.

Lo llamo profético por eso. La locución profética viene de arriba, es Dios el que nos habla y nos trasmite su pensamiento por medio de un hombre o de un escrito. En este caso nos va a hablar Jesús, ya vivo y resucitado. Él nos va a contar las cosas que sentía y lo que le ocurría en cada una de las quince estaciones, camino del Gólgota.

Abre, pues, los oídos de tu corazón y deja que el Espíritu Santo te unja cada palabra. No quieras entender demasiado, no racionalices, no te fijas en la pobreza de las frases, déjate penetrar. El Espíritu es capaz de sacar de una piedra a un hijo de Dios

1ª Estación: *Jesús es condenado a muerte*

Hijos míos: me dolió mucho esta condena a muerte. Me condenó mi pueblo, por el que yo había llorado. Todos a una le gritaban a Pilatos: “*Crucifícalo*”. Ese grito me sonó a ruido de grandes aguas y me inundó el corazón de amargura. El pueblo elegido, el pueblo de la verdad, el que había adorado al Dios verdadero, me acusaba de mentiroso, de falsario y de perverso. Me entregaron a los paganos para que me condenaran a muerte. Mi corazón humano se estremeció en la oscuridad de la fe y recurrí a la oración: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo y te obedezco. Haz que pueda amar a este pueblo que te rechaza en mí”.

Hijo mío: allí estabas tú también; gritabas como uno más con toda tu furia. Lo hacía tu pecado, tu rebeldía y soberbia. Yo, sin embargo te amaba, moría por ti, no quería dejarte en tu estado, presa del mal y del demonio. Tú eras el que estabas condenado verdaderamente a la muerte y a la soledad eterna. Yo me puse en tu lugar. No se me ahorró ningún sufrimiento e incluso me angustiaba en la oscuridad de la fe, pero mi amor por ti me aliviaba el alma.

2ª Estación: *Jesús carga con la cruz.*

Al cargar con la cruz notaba que no era mía pero me pesaba muchísimo. Me parecía que no iba a poder con ella. Le decía a mi Padre: “Ayúdame, Dios mío”. Tenía que cargar sobre mis espaldas el pecado del mundo entero. El profeta Isaías había dicho: “La amargura se me volvió paz cuando detuviste mi alma al borde de la fosa de la nada, cargando a la espalda todos mis pecados”(Is 38, 17). Esta profecía me hacía bien. Sabía que era yo el que tenía que cargar con todos vuestros pecados. El Espíritu me lo había dicho muchas veces. Por eso os amaba con todo mi corazón y ese amor me daba fuerza.

Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28, 1 8).
Como hombre conozco tus heridas, tu peso y toda tu cruz; como resucitado tengo poder para sanarte. Entrégame todo lo tuyo. Cree en mí y te aliviaré. Sentirás que tu cruz está redimida, que yo cargué con tu peso, que puedes vivirla como cruz gloriosa. No se te ahorrará ningún sufrimiento, mas, según vaya creciendo tu fe, llegarás a ser feliz en ellos.

3ª Estación: *Jesús cae por primera vez*

Mi debilidad era total. Me habían molido y triturado en la flagelación, como dice Isaías (Is 53, 5). Pese al agotamiento, ni por un segundo me pasó la idea de abandonar ni de rebelarme. Sentía al demonio muy cerca. Su ataque contra mi obediencia y mi entereza de espíritu era más doloroso que los golpes de los esbirros. La amargura que

me transmitía el Mal quería inundar todo mi ser. En algún momento sentí que lo iba a conseguir, pero el centro de mi alma, allí donde está la raíz del querer, estaba protegido por el Espíritu Santo que me daba fe.

Hijo mío: no te dejes vencer por la tentación. Estás protegido y salvado. Yo ya te he salvado. Ni el mundo ni el demonio ni la carne te ayudarán a creer en mi salvación. Tu propia experiencia estará contra ti porque ves que sigues pecando. Yo te digo: “Cree en mí, cree incluso contra tu experiencia”. El único pecado es no creer en mí, no creer en mi sangre, no creer en lo que sufrí gratuitamente por ti. Acéptate, aunque sigas cayendo, porque mi caída que me salpicó de barro te librerá de las tuyas. Pídele al Espíritu Santo que te siga dando fe.

4ª Estación: *Jesús encuentra a su madre*

¡Cuántas gracias di a mi Padre del cielo al encontrarme con mi madre! Ella lo necesitaba también mucho. El demonio le tentaba de una manera insidiosa ante el rechazo con el que el pueblo me condenaba. Le decía que “todo había sido mentira, que lo de la anunciación y mi nacimiento era una estratagema suya, que nos había engañado, que habíamos traicionado a Dios y cometido un gravísimo pecado. ¿Cómo se va a equivocar todo el pueblo?” Nos miramos y nos entendimos. Yo le dije: “No, madre, no; de nuestra fe depende la salvación del mundo. Cuanto más honda y dolorosa, más exultante y victoriosa será la nueva creación”. Ella me dijo sí con la cabeza; noté que estaba muy fuerte y me reconfortó mucho.

Por eso, hijo mío, si tu hijo se declara ateo, si no va a misa ni bautiza los niños, si muchos de los tuyos no creen en Dios, sigue creyendo y confiando: tu fe y oración les salvará. Que no te escandalice la pérdida de la fe de las multitudes. Lo importante es que los que creéis, sigáis creyendo contra toda esperanza. Tu fe ayudará mucho a crear un mundo nuevo y renovado. Yo saco de las piedras hijos de Dios.

5ª Estación: *El Cirineo ayuda a Jesús*

Simón no era un curioso ni un cualquiera que pasó por allí. Las casualidades son cosas de los hombres, para Dios todo lo que sucede entra en un plan. Siempre es un plan de salvación, a no ser que lo rechacéis. A Simón, el Cirineo, lo elegí yo; no los soldados romanos. Al principio lo recibió mal pero luego el Espíritu le infundió compasión y me comenzó a mirar con ternura. Mi cruz dio en él los primeros frutos de salvación y después en sus hijos que formaron parte de la nueva Iglesia.

No rehúyas ayudar a los que ves cargados con su cruz cerca de ti. Deja que mi Espíritu te llene de misericordia y compasión. Yo he muerto por todos, todos sois hijos míos. No juzgues quiénes son dignos de ayuda o no; el juicio me pertenece a mí. Los pobres son míos y todas las cruces del mundo me pertenecen. Las he comprado con mi precio. ¿Quieres ayudarme, como el Cirineo, a llevar la cruz del mundo?

6ª Estación. *Verónica limpia el rostro de Jesús*

¡Qué bien me hizo esta mujer! Necesitaba que alguien de mi pueblo tuviera compasión de mí. Tenía fe pero necesitaba afecto. El cariño de esta mujer alejó el demonio de mí. Me di cuenta de que no todos estaban de acuerdo con el Maligno, no todos se dejaban embaucar, no todos transigían con la envidia de los arrogantes. Un golpe de gracia inundó el corazón de esta mujer y se lanzó intrépida. Rompió el cordón de soldados y, con un paño, enjugó mi rostro. Lo noté; su gesto venía de la otra orilla, pertenecía al mundo de los salvados.

Hijos míos: no os dejéis encerrar por los cordones del miedo, de la moda y malicia de cada época, del engaño de los poderosos. Buscad la salvación, desprendeos del mundo. Cantad, ya en esta vida, el cántico de la victoria en el mar de cristal, en la otra orilla. Este mundo se rige por la insolencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia del dinero (1Jn 2, 16). No os ajustéis a este mundo. Dejad que mi gracia os

empuje a romper los cordones del mal limpiando mi rostro en los más pobres. Os aseguro que veréis mi rostro grabado en el suyo.

7ª Estación: *Jesús cae por segunda vez*

La pendiente no era demasiado fuerte pero yo estaba destrozado; la crueldad de la flagelación me había debilitado mucho. Me moría de sed por la pérdida de sangre. Caí en el barro y me encharqué. Me dio pena de mí mismo, pero en el fondo tenía paz. Lo que más me dolía era mi oscuridad interior; mi alma humana no entendía la necesidad de tanto sufrimiento. Eran horribles los gritos que pronunciaban contra mí. En el suelo me sentí pobre, muy pobre, absolutamente desvalido. Fue un momento tremendo, me hubiera dejado morir. No entendía nada.

Hijo: no te compadezcas de mí ni te echas a ti la culpa de lo mal que lo pasé. No rompas en llanto ni te flageles ni te hagas víctima. No quieras ser tú el centro y el protagonista de mi pasión. No me robes mi gloria ni infravalores mi amor por ti. Yo te amaba en ese momento, yo te quería con un amor extremo, hasta la muerte. Mi pasión fue un regalo maravilloso de Dios para vosotros y para mí. Os amé con todo mi ser en el dolor.

8ª Estación: *Jesús habla con las mujeres de Jerusalén*

Cada vez veía más gente llorando, gente de buen corazón que no entendían el oculto secreto que presenciaban. Lloraban por compasión humana. Nadie sospechaba el misterio que había dentro de mí. Sin embargo, sus lágrimas me consolaban. Mi divinidad no me socorrió en absoluto. Sufrí en mi cuerpo de carne, sufrí como sufrís los hombres, yo soy hombre. Os he redimido en mi cuerpo de carne, como dice mi siervo Pablo (Col. 1, 22). Tenía que pasar por todo lo que pasáis vosotros para poder redimirlo. Las mujeres lloraban con razón.

Me volví a ellas y les dije: “No lloréis por mí, llorad por lo que ha de venir. Llorad por los que malgasten o rechacen o no les interese mi amor. Yo no me vengaré, mas mi sangre despreciada, única salvación del mundo no podrá sanarles y se hundirán en la tumba vacía. Sólo en mi sangre se ha firmado la alianza con Dios, mi Padre del cielo”. Hijos míos: pedid el Espíritu Santo, acudid a mi Espíritu y él os lo explicará todo. El hará que vuestras lágrimas, las penas de vuestra vida, tengan un precio de redención.

9ª Estación: *Jesús cae por tercera vez*

Faltaban unos metros para llegar a la cumbre. Esta vez caí sobre piedras, sueltas sobre la roca. Ya me daba lo mismo hacerme daño. Quería que terminara todo cuanto antes. De repente, una ráfaga de Espíritu pasó por mi interior y me alentó librándome de la desesperación. Necesité ser sostenido. En un segundo pasaron por mi corazón todos los moribundos, los desesperados, el odio de los que mueren sin fe, cansados de tanto luchar. Y se me renovó el amor y grité desde el suelo a mi Padre: “Sí, Padre, por todos ellos, quiero morir por todos ellos, no quiero que ningún sufrimiento sea estéril”. Me levanté con brío y llegué al lugar del patíbulo.

Hijos míos: me dirijo a los que os faltan pocos metros para llegar al final, a los ancianos de las residencias, a los que estáis en paliativos, a los que estáis desahuciados y sin esperanza. Estáis en el mejor momento para descubrir mi humanidad. Aún vosotros los que no tenéis fe, los que no me habéis hecho caso en la vida, los que creéis que no tenéis perdón. Sí, os lo digo, para eso caí por tercera vez, para que nadie quede sin auxilio en esos momentos Yo soy vuestro salvador, creedlo; creed que dentro de poco nos veremos en el paraíso.

10ª Estación: *Jesús es despojado de sus vestidos*

Al verme completamente desnudo me sentí más pobre todavía. Fui despojado de la hoja de parra, aquella con la que el Creador cubrió la

desnudez de Adán y Eva (Gén 3, 21). A pesar del pecado no quiso para ellos una ignominia completa. Esa ignominia estaba reservada para mí. Percibí la soledad, la pérdida de intimidad, la entrega total a la irrisión de los que se mofaban de mí. Cuando me vi desnudo sentí que mi derrota era absoluta. Desde niño escuchaba a los doctores en el templo para entender mejor mi destino, lo que yo llamaba “las cosas de mi Padre”. Nunca pensé que llegaría a ser tan cruda la realidad.

Hijo mío: sólo si el Espíritu Santo te sostiene podrás tú asumir ser despojado. Perderás la fuerza, perderás la juventud, perderás tus apoyos; los años te irán desposeyendo. El Espíritu te ayudará a desprenderte de todo sin rebeldía. Yo, el resucitado, el que viví primero tu angustia y tu despojo, te envío ese Espíritu que te hará escuchar sonos de victoria aún en medio de la desolación. Hijo mío: tú que estás roto, desposeído de todo, eres muy amado de mi Padre; yo pasé por ahí, como tú, para dar sentido a tu derrota y llenarla de esperanza.

11 Estación: *Jesús es crucificado*

El pecado de los hombres quiso vengarse en mí hasta el extremo. Yo me sabía de memoria aquello de: *lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como uno ante el que se vuelve el rostro. Él, sin embargo, soportó nuestros sufrimientos, aguantó nuestros dolores. Nos parecía como un leproso, herido por Dios y humillado, pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes* (Is 53, 3-5). El dolor de los clavos me sacó del alma estas palabras proféticas que me alimentaban y entré en total oscuridad. Solo el cuerpo reaccionaba ante el dolor.

Hijo mío: no te parezca monstruosa la realidad de mi muerte. No se me podía ahorrar ningún sufrimiento. Tenía que cumplirse toda justicia. Yo tenía que convalidar delante de Dios el sufrimiento de todas las víctimas de la historia, el atropello de los pequeños, el horror y el sinsentido de tantos crímenes, el refinamiento de la crueldad humana. ¡Qué grande es Dios, mi Padre y vuestro Padre, que os ama a pesar de

tales horrores y miserias! Yo vivo ya para siempre y en mí fue reconciliado el mundo entero. Tu salvación es gratuita en mí y en mi dolor; tú nunca podrías salvarte. Por eso, hijo mío, alégrate; tú vendrás conmigo al paraíso libre de todo reato.

12ª Estación: *Jesús muere en la cruz*

La terrible oscuridad seguía. Sólo el cuerpo reaccionaba al dolor. El demonio estaba lejos, no lo notaba. Seguro que disfrutando de su victoria. Se hizo tan denso el absurdo en mi alma que me salió un grito, algo parecido a una protesta final de mi carne: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* No tuve respuesta, sólo un silencio cruel. De repente oí a los que me gritaban: *Bájate de la cruz; si Dios está contigo, como decías, que él te saque de este trance...* La sed me torturaba; tenía la lengua pegada al paladar. Se me empezó a ir la cabeza y grité de nuevo con voz potente que no sé de dónde me salió: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

No oí los truenos, ni me deslumbraron los relámpagos, ni sentí el terremoto. Estos signos ya no eran para mí; anunciaban el fin del mundo viejo que yo acababa de abandonar. Os lo anunciaban a vosotros, hijos míos. De ahora en adelante, la oscuridad del ateo, el resentimiento del pobre y del excluido, toda queja humana será pecado. Todo lo que no crea en mí y se alimente de la fe en mí, pertenecerá al mundo viejo y no estará redimido. Lo que no se nutra de mi pasión será destruido a la vez que la figura de este mundo. Dejaos penetrar; todo ha sido amor.

13ª Estación: *Jesús es bajado de la cruz*

Mi carne quedó serena y relajada; no le afectó el rigor de la muerte. A pesar del tiempo que tardaron en bajarme de la cruz, mi madre, me pudo sostener con cariño en sus brazos. No pesaba. Se empezaba a cumplir lo que dijo David: *No lo abandonaré en el lugar de los muertos ni permitiré que su carne experimente la corrupción* (Hch 2, 31). Una paz

extraña inundó a los que estaban con mi cuerpo. No conocían el futuro; pensaban que en el cielo, allá en el último día, me volverían a ver ya glorioso. No obstante, vivían con mucha paz el final de la tragedia.

Hijo mío: es en tu historia donde vas a conocer a Dios. Ahí se tiene que ir revelando. En mí, el Padre actuó de una manera cósmica y total. En mí se alumbraron unos nuevos cielos y una nueva tierra. Tu historia está abocada hacia la nueva creación porque en mí ya eres hijo. Yo he sufrido por ti. Nada de lo que te ocurra, por más acerbo que sea, se saldrá del designio de amor vivido por mí. Mis llagas dan sentido a las tuyas. El Señor te regala la paz que inundó a los que me bajaron de la cruz.

14ª Estación: *Jesús es sepultado*

Mi cuerpo fue enterrado como el de cualquier otro ser humano. No podía ser de otra manera porque yo fui totalmente humano. Mi alma espiritual, que es inmortal como todas las almas, unida a mi divinidad, viajó hacia atrás en el tiempo para anunciar a los muertos de épocas pasadas la gran noticia. Esta gran noticia era mi señorío. Fui constituido por Dios, Señor, Cristo y Juez de la Historia. El sentido y la plenitud del universo y de la creación, concentrados en un ser humano con personalidad divina. Ese soy yo y ese es el gran misterio escondido por Dios desde los siglos.

Hijo mío: no temas ser enterrado porque al tercer día resucitarás. Siempre hay un tercer día. El paso por el sepulcro es la última humillación, la última expresión de la derrota del hombre, autoexaltado por el pecado de Adán. Para liberaros de ese pecado tuve yo también que pasar por el sepulcro. En mi cuerpo se consumó la derrota de todos vosotros pero también en él, resucitado, se abrió la novedad de la nueva creación. Fui el primer habitante de la nueva vida. Mi Espíritu os invita a superar en vosotros la vieja condición y a vivir la novedad de la nueva vida, que Dios os ha preparado para siempre.

15ª Estación: *Jesús es resucitado*

Mi resurrección hizo temblar de alegría los cimientos del cosmos. Todo es verdad, Dios tiene la razón, el absurdo ha sido destruido. El diablo se volvió estúpido, su boca ha sido tapada, su acusación se ha vaciado. ¿Dónde está el pecado? Ya no hay condenación posible para los que están y creen en mi resurrección. ¡Qué grandeza! Millones de siglos de evolución para crear un mundo capaz de alegrarse de este día. Todo fue hecho para mí, para que existiera yo y, junto a mí, todos vosotros. En la mente de Dios somos el por qué y la razón de todas las cosas.

¡Qué grande es mi Padre y nuestro padre! Que toda la creación le aplauda, que todo ser le cante y le alabe. Hijos míos: yo, en mi paso por este mundo, no sabía cuándo llegaría el último día, tampoco imaginaba el esplendor total de este día de resurrección. Eran los grandes secretos del Padre y ninguno de nosotros podía imaginarlo. ¡Qué pequeñas nuestras perspectivas, qué estrechos nuestros deseos, que incapaces nuestros ojos para ver! El Espíritu me dijo muchas cosas a lo largo de mi vida, pero yo no pude imaginarlo. Hijos míos: Cantad todos los días al Señor un cántico nuevo, gritadle cuanto podáis, porque él siempre estará más alto.

Madrid, Marzo 2012

Chus Villarroel O. P.